

SANTO DOMINGO

ADOLFO CASTAÑÓN

"En Santo Domingo mueren nuestros hermanos..."

Octavio Paz, "Viento entero"

Viajo en un relámpago a Santo Domingo, la Haití de los aborígenes, la Española de Colón, la Hispaniola de Pedro Mártir y me hospedo, por cierto, en el hotel bautizado con este último nombre, una taciturna herradura de madera donde dormir cuesta 135 dólares diarios.

Copia de italianos visitan la ciudad de Santo Domingo del Puerto fundada en 1496, hace exactos 500 años. Aniversario que, signo elocuente, nadie —salvo el viajero anónimo— celebra ni al parecer recuerda.

Quien visita República Dominicana con el oído abierto, escuchará quiera que no los ecos del terrón originario de donde provienen no pocas voces distintivas del español hablado en América —ya nítidamente aborígenes como *cacique*, *hamaca*, *barbacoa*; ya vestigios arcaicos del castellano hablado por los primeros pobladores (*conocencia*, *catar*, *afna*) o voces de los antiguos dialectos peninsulares aplicadas a las nuevas realidades americanas y que perduran ahora en la lengua por su uso americano —*plátano*, *níspero*, *ciruela*. Cuervo, el gramático colombiano,* lo refiere así: "Puede decirse que la Española fue en América el campo de aclimatación donde empezó la lengua castellana a acomodarse a las nuevas necesidades. Como en esta isla ordinariamente hacían escala y se formaban o reforzaban las expediciones sucesivas, iban éstas llevando a cada parte el caudal lingüístico acopiado que después seguían aumentando o acomodando en los nuevos países conquistados. Así se llama *estancia* a la granja o cortijo, *estanciero*, al que en ella hacía trabajar a los indios (voz que luego ha pasado a significar el que tiene o guarda una estancia) allí *quebrada* se hizo sinónimo de arroyo; se generalizó el sentido de *ramada*; y se aplicó a las puchas o gachas

* R.J. Cuervo, citado por Pedro Henríquez Ureña en Max Henríquez Ureña: Pedro Henríquez Ureña. *Antología*, Librería Dominicana, Ciudad Trujillo (Hoy Santo Domingo). República Dominicana, 1950, p. 149.

que de maíz hacían los indios el nombre de *mazamorra* con que la gente de mar llamaba al potaje hecho de pedazos de bizcocho hervido en agua; allí empezó a decirse que los indios o animales se *alzaban* y a hablarse de culebras o tigres *cebados*".

Santo Domingo y los dominicanos despiertan en sí mismos el recuerdo de una lengua que oyeron hablar ayer sus ancestros tainos a Don Cristóbal Colón, cuya memoria surca todavía los canales de esta imaginación insular y solar. Habla español la copia de negros que evoca el África de sus raíces, el espectro colonial en el blanco casco *sarakoff*, que aquí se llama *bombo*, de los policías. ¿Cartagena? ¿Veracruz? ¿La Habana? No, Santo Domingo. ¿Cozumel, La Guaira, Tuxpan? No, Santo Domingo. El español, veloz y palatal, impetuoso y recortado se hace chicle en las bocas dominicanas, "y tienen un habla la más dulce del mundo, y mansa y siempre con risa" (Colón, citado por Pedro Henríquez Ureña).¹ Es día de Las Mercedes, fecha de feria y huelga que infunde un aire rígido de letargias y en la calle donde todos los comercios están cerrados sólo algunos sitios de alimento y restauración abren sus puertas a la prostitución y al turismo. Pero hasta los turistas son pocos y recorremos como espectros de un sueño a medias olvidado la Casa de los Ávila, de Colón, el patio inmóvil suspendido por las higueras voraces en cuya grave sombra vibra el acento estentóreo del dominicano. El mismo mar que recibió a Colón estrecha la isla donde, como en tanto sitios del Caribe, el pueblo come poco pescado y mucho arroz. A lo largo del malecón se reitera la utopía usamericana, ese ubicuo ninguna parte fabricado de heraldos plásticos, luz eléctrica, *pizza*, cerveza y neón al pulso galopado del merengue. Se catan en el aire algunos vestigios de Oriente —no chinos ni coreanos sino acaso hindúes. En las calles insoladas se ofrecen botellas rellenas de corteza —envases de la Dama Juana, viáticos para la tensión y el dolor. Otro aire decadente contrasta con la viva paleta tropical y las calles ostentan las ingenuas imágenes, los abigarrados y plásticos paisajes que te recuerdan a Tahití, tan vecino fonético de Haití, país fronterizo en la otra punta insular de Santo Domingo.

Pueblo chico: infierno grande ¿pero qué decir de una isla donde, si el espacio se estrecha, el tiempo se extiende y vemos dando y mandando a un Balaguer que desde 1931 escribía el manifiesto que llevaría a Trujillo al poder y luego lo releva durante décadas y aun en 1996 (a unos meses de haber perdido las elecciones para cederle el puesto al joven presidente Leonel Fernández —un *dominican york*, brillante sociólogo de extracción humilde—, quisiera seguir tejiendo los hilos de la autoritaria trama. Dizque el primerizo presidente se ha visto obligado a visitar no pocas veces al sagrado elefante, al coriáceo caudillo ciego a quien no se le escapa ni se le va episodio, intriga o incidente pues el ex-presidente inmemorial ciego está, sí, pero mira con las orejas, no, no es sordo y oye cómo se quiebra la más leve ramita en la selva, cómo se despreza en la isla el reino insular que estaba y aun está con él.

Balaguer, el cerebro de Trujillo, el dictador, ha sido también su heredero y su alter eco. Ha gobernado corrompiendo y dividiendo, haciendo desaparecer a sus enemigos reales, supuestos o posibles. Su herencia han sido grandes construcciones y obras de las que se beneficiaba con un porcentaje. La arquitectura pasa a ser así ¿no me diga? la insignia incontestable de la corrupción. Las obras monumentales se elevan a la ponencia simbólica de metáfora transparente del autoritarismo: el suntuoso Monumento a la Caña celebra la quiebra de los ingenios, el Faro Colón se eleva sobre terrenos expropiados a familias desahuciadas y lanza una guía de lo que deberá hacer todo dictador. Admirado, temido, odiado, adulado, Balaguer es también un ejemplo del Dictador ilustrado, de esa especie singular de la hidra hispanoamericana: el amanuense-verdugo, el escriba que arrastra el punzón sobre la página de los cuerpos. ¿Cómo se transformará esta especie política en la nueva polis? ¿Cuál será el nuevo disfraz del Caudillo en la edad anónima, en la anomia uniforme del hombre unidimensional? ¿Cuántas generaciones habrán de pasar para que se comprenda que buena parte de nuestros males provienen de huir del espejo, de enterrarlo y buscar el suicidio y la decapitación, provienen de negar los disfraces que hacen las veces de rostros?

¿Quién sabe qué substancia tiene el plátano que aplatana y mete en la sangre dominicana una pereza, *don't worry*, una lentitud, calma, *no problem*, que hace de la antillana gente, *easy*, humanidad idónea para las artes hospitalarias? (Del turismo y la restauración para arriba y abajo.) Dice con un dejo de sorna una diplomática antioqueña que se desespera con la sangre —dice— de tortuga de los nacidos en Santo Domingo.

Asisto a un acto en honor de Pedro Henríquez Ureña, sacerdote de una religión en éxodo —la de la

lengua española. (El acto, una misa laica, entre té danzante y fiesta escolar, lo presiden: el vicepresidente, el cardenal, los directivos del legendario *Listín diario*, fundado hace más de 100 años; *El Listín* —diminutivo de Lista, una hoja volante que en el origen daba cuenta de las llegadas y salidas de los buques y fue poco a poco transformándose en un diario propiamente dicho. Asistió al acto también doña Sonia Henríquez, hija de Don Pedro, una simpática señora argentina vagamente que en sus escasas, pocas palabras recordó que Pedro Henríquez Ureña, el santón de la filología hispánica, hacía álbumes de recortes y fue también un artista de la tijera. Pero al igual que sucede con el monumento a la caña que se eleva sobre la quiebra de los ingenios, temo que la estatua simbólica que se levanta en su memoria se alce sobre la enseñanza en ruinas de la lengua y la literatura nacionales, hispánicas. Por re o por fa, por angas o por mangas, los intelectuales y escritores han descuidado —y es poco decir—, desertado la enseñanza, la evangelización laica, al decir de mi reciente amiga pero antigua lectora —Soledad Álvarez, crítica y poeta nacida aquí en República Dominicana, Santo Domingo, la antigua Española o Hispaniola. Hay, sí, una calle en honor de Don Pedro pero su biblioteca está cerrada, desaparecida pues él legó sus papeles a la Academia de la Historia pero en manos de un albaacea, que al morir, dejó la función a una hija que entró en disputa con los académicos —¿no me diga?—, puso llave a la biblioteca y ocultó por razones de seguridad los incunables, los libros del siglo XVI y del XVII cuidadosamente atesorados por Henríquez Ureña a lo largo y a lo ancho de nuestra América, tan estrecha y tan ajena, tan entrañable pero tan ancha. Y ahí está —¿quién sabe en qué húmedo, oculto rincón de la isla?— la majestuosa biblioteca, más copiosa y valiosa que la Nacional, secuestrada por la indiferencia y la mezquindad. Ese parece ser uno de los destinos americanos: que el Cid siga muerto cabalgando con las botas de montar, que los cocodrilos sagrados vivan tres siglos y pasen imperceptiblemente de una orilla del tiempo a la otra semicultos en el pantano; que los muertos no descansan en paz, que las bibliotecas de los muertos sean secuestradas, que los cadáveres de Evita Perón o de Trujillo sean enterrados y desenterrados y vueltos a inhumar y a exhumar, que se alcen monumentos para conjurar la tumba sin sosiego, “Ay Pedro —le decía Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña algún día en México luego de una jornada de arduo estudio y trabajo— no es angustia lo que tú tienes. Es hambre. Vamos a comer”.

“Está su población tan acompañada —escribió el poeta Juan de Castellanos— que ninguna vi yo mejor trazada... Amplias calles, graciosas, bien medidas... De Norte a Sur Ozama la rodea.”²¹

En Santo Domingo, supe darme algún tiempo para echar ojo y prestar oído a algunos personajes de la isla:

Guillemito o Miguelito, joven negro de 17 años, espigado y flamante padre de un hijo. Me guió sin que yo se lo pidiera por la zona colonial. Concluyó la secundaria y dice que le gusta la historia. Parece que sí pues habla y habla haciéndome una historia convencional y plausible de los principales monumentos. Habla rápido y a la menor provocación pasa al italiano. Aunque le pregunto a medio paseo cuánto cobrará, posterga ladina y distraídamente la cuestión y al final se hace pagar 20 dólares por media hora. La cosa no me gusta. Regateo, pero termino pagando.

Durante la discusión, aunque ya le he dicho mi nombre y apellido me llama con el nombre de mi país: "Mira México la vida en esta ciudad es muy cara (...). Oye México ¿no quisieras comprar algunas artesanías? Me explica con un énfasis enigmático la diferencia entre guías oficiales y autorizados. Los primeros parecen ser los que dependen de los hoteles; los últimos los que llevan credencial del Ministerio de Turismo. Me dice que trabaja duro porque quiere tener cuatro hijos que lo mantengan en cuanto puedan trabajar. Calcula que se puede jubilar en menos de diez años. Guillemito es un primor de picardía a medias recatada y no me extrañaría que, a cuenta de alguna deuda, alquilara a su hermana.

Doña Virtudes, la dueña de la Trinitaria, una negra de unos cincuenta años, dirige la única librería de la ciudad especializada en cultura dominicana *at large*: letras, historia, política, ideas, folklore, música, pintura, cocina, cartografía, libros nuevos y de segunda mano, revistas, folletos, estampas.

El modesto local, pequeño pero ordenadísimo y limpio, tiene todas las apariencias de albergar una tertulia. Hay varios sillones cómodos de hierro y cuerda plástica para que sus compradores consulten a sus anchas. La Trinitaria, sin duda, funciona también como biblioteca, punto de encuentro y colmena chismosa. La maciza Doña Virtudes reina en su Trinitaria desde un sillón del que, por supuesto, no se mueve. Cuando le perturba una pregunta, se ajusta los lentes de carey como quien se rasca la cabeza y lanza a su ayudante una consigna perentoria, susurrada e inaudible. Se advierte que está acostumbrada a tratar con dignidad no exenta de condescendencia a sus clientes. Parece una obispa zumbona acostumbrada a extender la mano para que se la besen. Mi reverencia ante este prelado y laico y femenino de la cultura de Santo Domingo consiste en atrever tres preguntas precisas: ¿Tiene libros de don Manuel Rueda?

—Uum... sí, a ver niña bájalos del estante. No ése no, los tienes en frente. Mmm... sólo hay esos tres.

—Me llevo el de poemas y el de relatos. La novela ya la tengo. (Me escruta con suspicacia.)

—Y ¿quién es el mejor poeta joven de este país?

—Hay muchos, usted sabe...

—Sí, ya sé, muchos escriben y publican, ¿pero alguno vale realmente la pena?

Doña Virtudes suspira como aconsejándose paciencia a sí misma.

—Tráeme el libro de José Mármol (Ella pronuncia Osé Mármol). Llévase eso. Se puede leer. Se lo digo yo —y echa una mirada cómplice a la señora negra vestida de azul eléctrico que le ayuda, y que ha de ser su pariente.

—Y ¿qué más quiere?, pregunta con un desafiante retintín.

—Una biografía sería de Trujillo...

—Biografía, biografía no hay pero va usted a llevarse el libro de un gringo (Robert D. Crasweller, *Trujillo. La trágica aventura del poder personal*) que está bien hecho aunque sea una mezcla de periodismo y tesis —remata la mirada maliciosa detrás del movimiento con que se ajusta de nuevo los lentes de carey. A ver niña, hazle un descuento al señor mexicano.

Le digo que no tengo mucho dinero, pero ella reconoce a Ramiro, el chofer del *Listín diario* que ha hecho favor de traerme y dice:

—Dinero no le ha de faltar si anda con ésos del *Listín*, dispara matando dos pájaros de un tiro. Al despedirme, la siento envolviéndome con una mirada de afectuosa severidad.

Virtudes sabe que yo sé que La Trinitaria que he visitado es uno de los lugares de saber y poder de la cultura dominicana contemporánea.

Si se rehiciese el mapa de América Hispana resolviendo el tamaño de los países por su capacidad de escritura, lectura y producción editorial, la pequeña República Dominicana (que cuenta con siete millones de habitantes y un millón de dominiyorkinos que van y vienen con dólares y cerveza entre la urbe de hierro y la media isla del Caribe) sería sin duda mayor en este mapa donde la inteligencia impondría su topografía. Bibliografías, antologías, historias, monografías, de todo tema y asunto —de la cocina a las armas, de la política a las letras de bolero, los calendarios y santorales de la cultura dominicana parecen tener el mismo minucioso vigor que el duro sol antillano. Uno de los centros nerviosos de la cultura dominicana es la librería La Trinitaria, que lleva el nombre de la sociedad emancipadora que lanzó la Independencia. Su dueña es doña Virtudes —Doctora Virtudes, le dice Ana, su ayudante—, quien se dirige a mí en estos términos la segunda vez que la visito: "Mire, le voy a dejar la Enciclopedia de pintura dominicana muy barata: hay que abrirle paso al libro

dominicano, llevarlo fuera, nuestra historia y nuestra cultura, para salvarse, tienen que salir, saber salir." Son tantos los libros que he comprado que será necesaria una caja para llevarlos. Hago tiempo tomando un café mientras está listo el paquete. Cuando regreso a recogerla entreabro la caja para comprobar que es la mía. "Ábrala para que no diga luego que la Vieja Virtudes lo engañó", me dice con retintón entre afectuoso y arrogante. "No me engañó, le dije, pero me sedujo: si no no hubiese regresado" y, cerrando la caja, salgo guiñándole el ojo.

Don Papo —chofer de taxi, negro de pelo entrecano, otro ejemplo de fortaleza en el límite de la obesidad. Habla con ira de Trujillo y Balaguer. Se desahoga con el visitante mexicano que tiene cara de intelectual, bohemio o escritor. "Usted debe ser escritor, me dijo desde el primer viaje, tiene cara de algo así". Me lleva al aeropuerto pero se desvía para enseñarme algunas obras de la dictadura. Me cuenta cómo en el Trujilloevo había en cada casa altares y leyendas de gratitud en honor del Padre del Pueblo. "El jefe de esta Casa es Trujillo" decían los letreros. "Sí, un país de muchos muertos y de viejos podridos. ¿Balaguer? Él ha sido el gran verdugo. Pero tampoco hay mucha esperanza en la juventud". Hace poco Don Papo se divorció. Ya no quiso vivir con la mujer que le había dado "dos hijos que no supo educar". Al mayor le dio por pasar largas temporadas en una finca donde él y sus amigos se dedicaban a fumar droga. "Lo quisimos regenerar. Lo llevamos a un centro y cuando salió, dízque ya curado, volvió a las andadas. Se levantaba sin hacer ruido en la noche y se iba en el auto a consumir droga con sus amigos. La hija también "resultó mala. Se enamoró de un hombre 16 años mayor que ella, un vecino del departamento de abajo y, casi en nuestras narices, se la pasaba acostándose con él. Yo me separé de mi mujer porque ella no supo educarlos. No, señor, aquí la juventud está podrida. El país no tiene remedio. Nadie quiere vivir aquí. Y la gente piensa que se va a salvar si va a Miami o Nueva York. Pero los dominicayork están en las mismas o peor". Yo le digo que tal vez sí hay esperanza: en el espejo. Que hemos enterrado los espejos para sustituirlos por la TV, pero que si tenemos el valor de mirarnos al espejo por lo menos conoceremos completo nuestro cuerpo. Sé que no me entiende aunque ha comido algo que lo hace adivinar mis palabras. En el avión a Nueva York veo a un señor de la misma edad de Don Papo leyendo *El Listín*. Lo veo detenerse en mi discurso sobre Pedro Henríquez Ureña; el bochorno me contiene y no me identifico como autor del texto que va leyendo. No es ése el espejo que hoy quiero desenterrar.

El dictador Trujillo aparece en el libro *Guiness* de los Récords como el hombre en cuyo honor se

han erigido en vida más estatuas. Esa fronda cesárea y escultórica de rancia estirpe latina proliferó, por supuesto, por la desafortadada apatencia de autoconmemoración del Dictador que impuso a un sinnúmero de escuelas, auditorios, instituciones, calles y espacios para culminar bautizando con su apellido a la capital de su país. La proliferación se explica también por el caldo de cultivo moral, por el ávido solar sobre el que estamparon tantas efigies: carteles, timbres, libros, imágenes, estampas, fotografías que prueban que en América el árbol puede sustituir al bosque. Pero ¿cómo leer el hecho de que en la Feria del Libro se erijan puestos de libros dedicados a figuras políticas (Bosch, Balaguer) e intelectuales prominentes (la familia Henríquez Ureña, el historiador Frank Moya Pons)?

Nunca viajo sin un encargo o una búsqueda bibliográfica (discográfica, gastronómica, personal) que realizar. Esta vez era un tomo de las *Obras Completas* de Don Pedro Henríquez Ureña donde se reproducen sus cartas con Daniel Cosío Villegas, el historiador y editor mexicano cuyo centenario se cumple en 1998 en México. Las obras de Henríquez Ureña son inencontrables: hay que consultarlas en bibliotecas públicas pues en librerías no están disponibles. Se cumple así con la ley del homenaje—secuestro: fuera de algunas cositas dominicanas de Pedro Henríquez Ureña es imposible encontrar sus escritos igual que en USAmerica no es fácil ir más allá de dos antologías de Emerson. Estaba yo resignado a ir a la biblioteca el último día —soy de esa raza que prefiere las librerías insumisas a los disciplinados acervos públicos— cuando, el último día de mi paso, un encuentro inesperado me aligera el ánimo. Llegó al lugar donde exhibíamos los libros del Fondo de Cultura Económica en la Feria un joven escritor dominicano, Basilio Belliard, que me empezó a hacer plática hasta que dio con el santo de mi nombre y el apellido de mis señas. Miga amigando se puso a mi disposición y me invitó a ir con él a los tiraderos de libros usados, sí, ahí en la Feria, en una colinita, a unos cuantos pasos de donde me encontraba. Ya era de noche y, por no enfriar su entusiasmo, lo seguí hacia el sitio en cuestión. Desde lo alto de un montículo, se dispersaban, sembrados por el suelo, cientos, por no decir miles de libros y revistas sobre los que hormigueaba una legión de gente acullada y empinada, como un ejército de *garimpeiros*, gambusinos al aire libre del trópico, peinando y trillando, poniendo aparte algún texto de cuando en cuando. Suspiré desanimado pero igual me arrojé y comencé la trilla con metódico desdén. Seguro alertado por mi joven Basilio, uno de los dependientes apareció junto a mí con una caja de cartón. Con su gorra de beisbolista calzada vise-

ra atrás, me invitó a rebuscar en la caja con ojos traviesos y retadores: "Busque y a lo mejor lo encuentra". Me puse a hurgar sin mucha fe, pero, maravilla, ahí estaba Don Pedro esperándome en sus cartas regañonas a Costo Villegas. "La isla —me dije— quiere verme regresar".

En mis breves días dominicanos, no logré franquear en la conversación la frontera que divide a la República Dominicana de Haití: hablaba yo de la (¿esa?) colonia francesa y mis interlocutores ponían los ojos en blanco, cambiaban de tema como si estuviese preguntando por el petate en la casa del muerto. Por giros y retazos supe que vienen muchos haitianos pobres a trabajar como braseros a Santo Domingo; que allá en el monte donde las fronteras se diluyen el Vudú y el Gagá, la Ganga y la Mojiganga, los ritos de los blancos y los ritos de los negros se ensazan en una sola raíz y que, para seguir con la magia verde, algunos dominicanos se van a Haití a vender dólares a los franceses.

A Haití, por el momento, sólo viajaría con la imaginación, asistido por el libro del Eric Särner: *La passe du vent. Une histoire Haïtienne*. El título, *El paso del viento*, le viene de ese confluente llamado Canal du Môle, no muy lejos del Môle de Saint-Nicolas, sitio donde se dice que Cristóbal Colón puso pie por primera vez en América y cerca de donde el novelista Jacques Stephan Alexis desembarcó para ser lapidado, prendido y desaparecido. La historia que cuenta Särner es puntualmente la de la búsqueda de los rastros biográficos del escritor francófono antillano, acaso más leído en París que en América Latina. A lo largo de su expedición en prosa, Särner va trenzando historias y mitos de la isla, y el relato de un viaje al fondo de la amnesia haitiana, en busca de un personaje a la vez real y fantasmal, se transforma muy pronto en una historia verdadera de Haití, desde los tiempos de la Colonia hasta el pasado inmediato (Papadocrático) y el presente (Jeanclaudicante), incluyendo en el viaje por el pasado la rebelión Toussaint-Louverture, la Coronación ubuesca de Christophe I, el breve Imperio grotesco de Jacques I, sin olvidar el paso del General Leclerc y la presencia fugaz pero memorable de Paulina Bonaparte. A esas historias terribles y fascinantes se añaden las de la falsa *zombie*, Hadriana Siloé (que se fingió lunática para irse de luna de miel), el pacto sagrado de la rebelión general de los esclavos, la célebre anécdota de cómo Colón describió a los reyes católicos la Isla Española estrujando una hoja de papel y arrojándola al suelo para dar a entender la rugosa

geografía de la isla, el trato salvaje y sanguinario de los hacendados franceses a sus esclavos, las leyes criollas evocadas por los escritores Jacques Stephan Alexis y René Depestre, la leyenda del oficial usamericano Faustin Wirkus que fue reconocido clandestinamente como reencarnación de un rey negro, el duvalierismo, el episodio de la masacre de los cerdos criollos que fueron substituidos por los cerdos blancos. No falta, desde luego, la descripción de un rito vudú, la etimología de la palabra ron (del inglés *rum*, 1654, derivado de *rumbullion*, voz empleada en las Islas Barbados para designar un poderoso aguardiente de fabricación local). Ni el paso electrificante de André Breton en 1945 con motivo de la inauguración de una muestra pictórica organizada por el escritor Pierre Mabilly y que tuvo como resultado desencadenar un movimiento revolucionario.

El libro de Särner despliega un sugestivo cuerpo a cuerpo en el que el novelista se mide con la geografía, la historia y la fantasía de Hayti, la misteriosa isla de la cual los dominicanos hablan —y dicen saber— tan poco; Haití, la otra cara de la Española.

El adiós a Santo Domingo es bullanguero y tumultuoso. El aeropuerto respira muchedumbre, parece un abigarrado cruce de caminos: querellas, gritos, discusiones, maletas, paquetes y bultos coloridos y monumentales, la fila es un nervioso merengue mulato que se agita cada que un maletero cuele a su cliente subrepticio al principio de la cola. Ahí está el rubio vikingo formidable reducido a niño triste por la noble mulata que le brindó unos días la oportunidad cardíaca de entrever el océano del amor; ahí los viejos negros solemnes que van a despedir al nieto que va a intentar otra vida fuera de la hermosísima y agobiante isla ("para salvarse tienen que salir"); ahí sus compañeros que supieron prenderle fuego a una *guagua* sin que nadie les dijera nada; ahí el patriarcal profesor europeo que vino a cobrar en laureles los réditos de la traducción que otrora hiciera de las obras del Escritor Presidente. Aquí en fin el jovencito sobrepagado y el auditorio en camisa floreada, la madre y la madre del edecán que vinieron a pasar sus vacaciones con descuento. Aquí el mexicano que busca un espejo en el Sur.

NOTAS

¹ Pedro Henríquez Ureña. *Obras Completas*, p. 238.

² Op. cit p. 348. <